

SEXUALIDAD Y CELIBATO. UNA PERSPECTIVA ANTROPOLÓGICA

RUFINO MEANA, SJ*

Fecha de recepción: agosto de 2011

Fecha de aceptación y versión final: septiembre de 2011

RESUMEN

Se aborda el tema de la vivencia de la sexualidad en personas célibes. El artículo tiene tres partes. La primera consiste en una exposición sumaria de algunas afirmaciones generales que enmarcan el punto de partida del autor. En la segunda parte se habla de algunos conflictos vividos por célibes en relación con su sexualidad, con una especial mención a Internet. En la tercera parte se exponen algunos aspectos psico-sociales que, siendo cuidados, podrían ayudar a que las personas célibes vivan su opción felizmente. Se hace especial hincapié en la necesidad de promover relaciones de intimidad en tres niveles: con Dios, interpersonal e institucional.

PALABRAS CLAVE: Internet, cibersexo, intimidad

SEXUALITY AND CELIBACY. AN ANTHROPOLOGICAL PERSPECTIVE

ABSTRACT

The article discusses how celibate people experience sexuality. The article is composed of three parts. The first section consists of a summary of some general

* Psicólogo clínico. Profesor de psicología y director del centro de psicología «UNINPSI». Universidad Pontificia Comillas. Madrid. <rmp@chs.upcomillas.es>.

statements which form the basis of the author's discussion. In the second section, some of the conflicts experienced by celibate people with regards to their sexuality are discussed, making special mention of the Internet. In the third section, some psychosocial aspects that, if dealt with, could help celibate people live their lifestyle choice happily. Special emphasis is placed on the need to promote intimate relationships on three levels: with God and on an interpersonal and an institutional level.

KEYWORDS: Internet, cybersex, intimacy.

Todavía hoy, ver juntas las palabras «sexualidad» y «celibato» produce en algunas personas una cierta sensación de inconsistencia. Durante años, muchos célibes han encontrado en el silencio un modo de compaginar ambas realidades; y aunque es cierto que esta postura de cierta discreción es suficiente para muchos, también es verdad que, a fuerza de silencios, se va perdiendo la capacidad para enunciarse a uno mismo en aspectos muy relevantes y reales de la naturaleza humana. Las nuevas generaciones de célibes provienen de un contexto cultural que maneja con más naturalidad estos aspectos, y es importante que puedan irse encontrando los espacios para dar «carta de ciudadanía» a esta amalgama de sensaciones y vivencias que llamamos «sexualidad», sin tener que esperar a que sea una dificultad. Las líneas que vienen a continuación pretenden contribuir a esta tendencia, y lo hacemos con conciencia de la infinidad de temas y matices para los que no encontramos espacio aquí.

1. Algunas afirmaciones generales

No entraremos a justificar a fondo cada una de las afirmaciones que hacemos a continuación. Cada una de ellas podría ser objeto de discusiones y de más de un artículo. Sencillamente, se trata de exponer nuestra posición de partida.

- En la Vida Religiosa y Sacerdotal, el celibato brota de un *profundo enamoramiento de Jesús y su causa* que descentra a la persona y recompone

la integridad de sus sistemas motivacionales y su auto-conciencia, incluida la conciencia de las propias necesidades¹. Se trata de una opción personal, pero, sobre todo, es un carisma, como Cozzens nos recuerda cuando afirma que los carismas son talentos fundados sobre una aptitud natural, sobre un potencial humano². A veces, por buenas que sean las intenciones y por más que se den todos los elementos formales —oración, generosidad, orden, etc.—, no hay sujeto psíquico para que el carisma del celibato acampe con sosiego y vocación de permanencia. Además, es importante una constante y actualizada determinación de permanecer en este tipo de vida; no es una cuestión de voluntarismo, aunque haya que poner voluntad. Todo artista que se siente empujado a crear por la fuerza de su don sabe que necesita largas horas de esfuerzo y disciplina para alcanzar lo que desea.

- *Somos seres sexuales*. El ser humano no puede renunciar a su naturaleza sexual; las hormonas nos habitan y operan en nosotros. En cualquier persona sana, además de servir a otros propósitos, regulan en gran medida los estados emocionales, las necesidades y los deseos de orden sexual³. También en los célibes hacen que un varón y una mujer sigan experimentando necesidades y deseos sexuales, vivan emociones y atracciones de mayor o menor intensidad. La persona casta sabe distinguir a la persona que le atrae físicamente, la conversación que no terminaría, la compañía que repetiría... La sexualidad es una realidad viva también en los célibes; no experimentar su pulso es señal de algún tipo de disfunción.
- *Las relaciones sexuales son acontecimientos polisémicos y multifuncionales*⁴. No se pueden analizar desde un solo punto de vista, sino que po-

-
1. H. BLEICHMAR, *Avances en psicoterapia psicoanalítica*, Paidós, Barcelona 1997. Bleichmar habla de cinco sistemas motivacionales: narcisista, apego, auto/hetero conservación, sexual/sensual y de regulación neuro-biológica. Será a este paradigma al que nos referiremos en lo sucesivo.
 2. D. COZZENS, *Liberar el celibato*, Sal Terrae, Maliaño (Cantabria) 2007, 30.
 3. G. EINSTEIN, *Sex and the brain*, MIT, Minnesota 2007.
 4. M. FARLEY, «Sexuality and its meanings», en *Just love. A framework for Christian sexual ethics*, Continuum, New York 2008. 109-173. A. AUTIERO, «Sexualidad», en *Diccionario de Moral*, Paulinas, Madrid, 1992, 1690-1697.

seen múltiples niveles de significado: son el modo de dar vida, un lenguaje interpersonal, una fuente de placer físico, etc. Además, como hemos mencionado, la sexualidad es un sistema motivacional que cumple su función en el equilibrio de fuerzas que es el psiquismo humano. Es capaz de compensar o anular estados carenciales, como la necesidad de autoestima, la necesidad de tener vivencias de apego, la necesidad de alcanzar estados libres de ansiedad, etc. Dimensiones que en el célibe se ven necesitadas de ajuste para que el «no-ejercicio» de la sexualidad no sea una fuente de descompensación en alguno de los otros sistemas (desequilibrios narcisistas, ansiedades incomprensibles, vivencias de soledad, etc.).

- *En nuestra cultura, el ejercicio de la genitalidad está sobredimensionado.* Ha pasado de ser tabú a escalar posiciones que han traspasado la frontera de la mera normalización. J. de la Torre⁵ dice que «la revolución sexual se ha convertido muchas veces en un nuevo magisterio moral [...] parece que habría solo una manera liberadora de vivir la sexualidad». Las razones son múltiples, pero, además de diversos asuntos socioculturales como la regulación de la natalidad, la prevención de enfermedades, el creciente ideal de mujer liberada de las cargas de la maternidad, etc., la sexualidad ha ido adquiriendo un alto valor como reclamo comercial. Reclamo con un contra-efecto: la publicidad modela el ideal de persona como individuo altamente erotizado. La sexualidad se presenta como puro placer físico, desprovista de su carácter de comunicación antropológica mediante la que se compartirían matices poco transmisibles en otros lenguajes. El objetivo a alcanzar, entonces, es el mero bienestar egocéntrico hecho de placer físico y de autoimagen satisfactoria: ser un sujeto con un variado y abundante ejercicio de la sexualidad⁶.

5. J. DE LA TORRE, «Teología y sexualidad», en J. DE LA TORRE (ed.), *Sexo, sexualidad y Bioética*, U.P. Comillas, Madrid 2008, 259.

6. M.F. HIRIGOYEN, *Las nuevas soledades. El reto de las relaciones personales en el mundo de hoy*, Paidós, Barcelona 2008, 72. La autora dice que «el sexo se ha vuelto una función higienista: hacer el amor es bueno para mantener la línea, para el cuidado de la piel, para la salud general del individuo»...; «nuestro cuerpo se ha vuelto una máquina de placer cuyos registros hay que mejorar».

- *Se puede vivir sanamente sin genitalidad.* Mucha gente lo hace. Más de lo que está dispuesto a admitir un mercado que pretende ofrecer una imagen del ser humano con taras si prescinde de la genitalidad. Es cierto que, en algunos casos, la abstinencia sexual puede ser expresión de un problema personal que necesitaría ser considerado en un contexto terapéutico (timideces patológicas, rechazo de la vivencia sexual por razones diversas, anorexias sexuales varias⁷). Sin embargo, patologías aparte, se pueden dar circunstancias en las que una persona no mantenga relaciones sexuales sin que ello suponga una condición enfermiza. Es importante afirmar, con Max Scheller, que el hombre es el animal capaz de decir «no» a la satisfacción de sus instintos. Satisfacer el instinto sexual no es necesariamente más saludable, ni psíquica ni físicamente, que lo contrario. La práctica clínica nos muestra diariamente a personas sexualmente activas con los mismos problemas emocionales e interpersonales que puede padecer un célibe. Todo depende del «porqué» de esa opción vital y, por tanto, del equilibrio resultante entre todos los sistemas motivacionales mencionados.

Es importante, además, que tengamos claro que el ser humano sano no se convierte en un pervertido por el hecho de permanecer casto. En los últimos años se ha ido vertiendo la equivocada idea de lo contrario cuando se han asociado diversos desmanes, como la pedofilia, con el celibato. Un celibato mal discernido tal vez se manifieste con vivencias de tensión/insatisfacción de diverso orden (el enfado permanente, la sensación de estrés poco justificada, tendencias narcisistas o posesivas, etc.), pero las *parafilias*⁸ no surgen de la insatisfacción sexual. Provienden, más bien,

-
7. «*Anorexia sexual*» es un término que se utilizó con relativa frecuencia en la literatura anglosajona para referirse al actual «*Trastorno por aversión al sexo*», descrito en la DSM IV. Se trata de una enfermedad que se caracteriza por la evitación de toda referencia a la sexualidad. Esta preocupación domina a la persona hasta el punto de que, si no es capaz de evitarla, se producen intensos estados de ansiedad y angustia. *Por supuesto, es un trastorno que no debería tener nada que ver con la opción celibataria.* Cf. D.W. WEISS, *Sexual Anorexia: Beyond Sexual, Emotional & Spiritual Withholding*, Discovery Press, Texas, 1998. P.J. CARNES, «The Case for Sexual Anorexia: An Interim Report on 144 Patients with Sexual Disorders»: *Sexual addiction and Compulsivity* 5 (1998), 293-309.
 8. De acuerdo con la DSM IV, «parafilia» es la presencia de repetidas e intensas *fantasías* sexuales de tipo excitatorio, *impulsos* o *comportamientos* sexuales que engloban

de un proceso evolutivo personal perturbado por algún episodio traumático (abusos o maltratos en la infancia, por ejemplo) o como consecuencia de la escalada en un ejercicio desenfrenado de la sexualidad al servicio de un instinto engrandecido más por el exceso que por la escasez⁹. Afirmar que las perversiones, en concreto la pedofilia, son consecuencia de un celibato mal vivido es una falsedad fruto de la ignorancia, de la malevolencia o de ambas cosas.

Con todo, no podemos obviar que la persona célibe que pretende vivir como si su dimensión sexual no existiera, reprimiéndola, termina comprometiendo la misión de la Iglesia. Se irá convirtiendo en un sujeto «raro», incapaz de vivir y convivir con naturalidad, que en algún momento de debilidad personal puede verse impulsado a adoptar comportamientos descontrolados, no necesariamente perversos, e incongruentes con la vocación enunciada. Por eso creemos que conviene promover un realismo lúcido y humilde, más que la apariencia de cumplir con un ideal prístino¹⁰.

2. Algunas dificultades

A) *Vivencias encontradas*

Como en otras opciones vitales, la castidad entraña renuncias e insatisfacciones. Dado que nuestro presente contexto sociocultural no siempre ayuda a afrontar estas dificultades, hace falta contar con sujetos suficientemente maduros, capaces de decidir deliberadamente sobre su futuro; al menos con suficiente capacidad para evitar auto-engaños y buscar apoyos.

una o varias de las siguientes posibilidades: 1) Objetos no humanos. 2) El sufrimiento o la humillación de uno mismo o de la pareja. 3) Prepúberes u otras personas que no pueden consentir.

9. En lo referido a los abusos sexuales a prepúberes, recordemos que el 99% lo ejerce alguien con vida sexual extremadamente activa.
10. Sobre el asunto de la «genuinidad» ya hemos hablado en: R. MEANA, «Vivir en plenitud. Reflexiones en torno a la conformación de la afectividad del sacerdote»: *Sal Terrae* 98 (2010), 631-643.

Coincidimos con Mons. Uriarte cuando dice que la vida célibe es siempre un equilibrio delicado que puede desvirtuarse¹¹; estamos ante un camino en el que es importante la constante conciencia de la determinación tomada. Esto no siempre es fácil; por eso, desde un punto de vista puramente descriptivo, nos podemos encontrar con, al menos, cuatro *estereotipos combinables* de célibes con problemas relacionados con la sexualidad:

- a) *Enamoramiento normal*. El vértigo ante la soledad y la necesidad de familia y de ternura física conducen a la persona a un estado de proclividad al enamoramiento. Son situaciones relativamente comunes que nos sitúan ante una persona normal y nos remiten a un adecuado discernimiento de sus circunstancias y a la indispensable «profilaxis comportamental y relacional» que todo célibe tiene que cuidar si desea permanecer en su estado.
- b) *Necesidad de sentirse «normal» en una sociedad hiper-sexualizada*. No es que se vea apurado por un estado de necesidad biológica o emocional; lo que no soporta es verse «distinto», perdiéndose algo. Estaríamos ante una persona con un cierto grado de dificultad para vivir contraculturalmente. Se puede observar en personas con una identidad poco consolidada y necesitada de maduración. Hay veces en que esta maduración es posible, pero otras veces es demasiado tarde.
- c) *Búsqueda de gratificación compensatoria*. El placer sexual como contrapartida frente a displaceres varios (falta de creatividad en su actividad, déficits en la autoestima, carencias relacionales, falta de habilidades para compensar estados de soledad, etc.). Pueden darse relaciones sexuales ocasionales emocionalmente desvinculadas o actividades autoeróticas de diversa consideración. Obviamente, hay que estudiar la naturaleza de los displaceres vividos y ver si es posible otro equilibrio personal que no pase por la compensación sexual.

11. J. M. URIARTE, *Una espiritualidad sacerdotal para nuestro tiempo*, Sal Terrae, Maliaño (Cantabria) 2010, 28-29.

d) *Vida sexual activa y descomprometida con el voto o la promesa de celibato*. En estos casos sería necesario discriminar tres grandes grupos: quienes no ven contradicción y entienden el celibato como un estado más espiritual que físico; quienes poseen una notable inmadurez antropológica y viven vidas fragmentadas, enunciando deseos para los que no ponen la mínima disposición de su parte, y seguramente son incapaces de cualquier género de compromiso personal en la vida; y, en tercer lugar, quienes viven esta circunstancia tras años de compromiso serio y responsable que, por diversos avatares o por puro descuido personal, han ido entrando en una espiral de incongruencias que, en ocasiones, les sorprende a ellos mismos cuando caen en la cuenta de dónde se encuentran. Sobre todo en este último caso, nunca se puede cerrar la posibilidad de «segundas conversiones». La historia de la Iglesia está llena de personas que se han levantado de situaciones muy complicadas y se han convertido en auténticos sacramentos vivos¹².

B) *La amenaza del «cibersexo»*¹³

En un apartado sobre dificultades de los célibes en torno a la sexualidad no podemos dejar de mencionar *Internet*. La irrupción de «La Red» ha traído incontables ventajas y avances. La cultura y la alta divulgación se vuelven infinitamente más accesibles; la comunicación está generando nuevos y más ricos modos de ser sociedad; la posibilidad de diálogo intercultural es una realidad mucho más concreta y apasionante; etc. Por supuesto, la Red también es un potencial instrumento para todo uso ilícito y/o inmoral. Esto no significa que podamos ni debemos demonizar Internet¹⁴. Hoy es impensable un mundo sin este recurso, y tampoco po-

12. A. GROMOLARD, *La segunda conversión. De la depresión religiosa a la libertad espiritual*, Sal Terrae, Maliaño (Cantabria) 1999.

13. El *cibersexo* es el uso de Internet al servicio de comunicaciones interpersonales con finalidades sexuales. Los modos de establecer la comunicación son diversos, desde el soporte escrito hasta la video-conferencia. Se suele utilizar esta palabra como término general también para referirse al acceso a pornografía.

14. A este respecto resulta muy iluminador –y especialmente recomendable para quienes miran hostilmente a Internet– el Mensaje de Benedicto XVI, «*Verdad, anuncio y au-*

demos imaginar una Iglesia que dé la espalda a un elemento tan esencial en nuestra sociedad.

En el tema que nos ocupa, la persona célibe se encuentra ante una ventana que puede poner a su alcance todo aquello que no desea que ocupe un lugar prevalente en su vida. En el proceloso mar de Internet, la pornografía y el *cibersexo* habitan con bastante buena salud y al alcance de quien quiera alcanzarlos. Es una potencial dificultad que afecta a todos, de cualquier edad, sexo o condición, incluidos los célibes. Las consecuencias éticas y psicológicas de este modo de ejercicio de la sexualidad son claras, particularmente en niños y adolescentes, pero además en algunos casos estamos hablando de auténticas adicciones¹⁵.

A juicio de Delmónico¹⁶, hay cinco factores que hacen que el *cibersexo* sea un fenómeno universal tan atrayente:

- *Accesibilidad*: Antes de Internet, el acceso a materiales relacionados con el sexo tenía ciertas limitaciones. Por ejemplo, no en todas partes se podía adquirir pornografía ni esta era accesible 24 horas al día 7 días a la semana. Hoy hay, literalmente, millones de páginas web permanentemente accesibles.
- *Anonimato*: no es necesario entrar en un local en el que uno puede ser reconocido; se puede operar en la red con pseudónimos incluso con falsas identidades muy elaboradas.
- *Aislamiento*: A juicio del autor, posiblemente el factor más potente. El *cibersexo* ofrece la oportunidad de separarse del mundo

renticidad de vida en la era digital». para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales de Junio de 2011. Ahí podemos leer: «Nos encontramos ante una vasta transformación cultural [...] nace un nuevo modo de aprender y pensar, así como nuevas oportunidades para establecer relaciones y construir lazos de comunión [...]. Si se usan con sabiduría [las nuevas tecnologías], pueden contribuir a satisfacer el deseo de sentido, de verdad y de unidad, que sigue siendo la aspiración más profunda del ser humano».

15. E. ABOUJAOUDE, *Virtually you. The dangerous powers of the e-personality*, W.W. Norton and Company, New York 2011. D. DELMONICO, *In the shadows of the net*, Hazelden, Minnesota 2001.

16. *Op. cit.*, 12-15.

real (¿insatisfactorio?) en una actividad en la que la vivencia del tiempo está muy distorsionada.

- *Económicamente asequible*: la oferta de pornografía gratuita es una realidad abrumadora.
- *Fantasia*: Es un contexto perfecto para explorar todas las fantasías sexuales imaginables sin riesgos ni responsabilidades.

Ante esta posible dificultad para la vida celibataria, no es fácil ofrecer soluciones generales que sirvan de soporte a quienes sientan que su voluntad flaquea, aparte de apelar a la necesaria madurez personal. Excluida la alternativa de «vivamos como si no existiera Internet», otras soluciones para quienes experimenten dificultades a este respecto pasan por evitar los ordenadores en espacios privados o la instalación de filtros que impidan el acceso a contenidos sexuales. Sobre todo, poner el problema sobre la mesa, acompañado del deseo de encontrar soluciones¹⁷. Algunas comunidades lo han hecho con razonable éxito.

3. Apoyos a la vida célibe

A) Aspectos psico-sociales

Richard Sipe realiza un estudio sobre el celibato que es bien conocido y, en algún aspecto, criticado. Es un autor tremendamente exigente a la hora de determinar que una persona es verdaderamente célibe y presenta unas estadísticas de éxito francamente descorazonadoras, en las que no vamos a entrar. Lo traemos aquí porque, a pesar de su *a priori* escéptico, tiene que reconocer la presencia ejemplar y admirable de verdaderos célibes entre todos los que dicen serlo. Lo interesante es que se atreve a en-

17. D. DELMONICO – E. GRIFFIN, «In the Shadows of the Net: Understanding Cybersex in the Seminary»: *Seminary Journal* 9 (2003) 240-258. J. GREGOIRE – CH. JUNGERS, «Sexual Addiction and Compulsivity among Clergy: How Spiritual Directors can Help in the Context of Seminary Formation»: *Sexual Addiction & Compulsivity* 11 (2004), 71-81.

tresacar algunos factores psico-sociales comunes a las personas que viven su celibato felizmente de un modo integrado y maduro¹⁸.

Pensamos que algunos de estos factores son aspectos que forman parte de lo que es el *sujeto psíquico*. Realmente, no están al alcance de una decisión personal, pero se podrían considerar en un contexto de selección de candidatos. Habla de: sentir que se tienen cubiertas las necesidades personales básicas (para nosotros, los mencionados sistemas motivacionales); capacidad para afrontar el estrés; poseer una identidad estable en tiempo y situación; capacidad de establecer orden y prioridades para alcanzar objetivos; amor por la sabiduría y capacidad de goce estético.

Otros aspectos comunes que enumera Sipe nos parece que sí entrarían en la esfera de lo que un célibe puede decidir cultivar o potenciar como profilaxis personal. Los comentamos a continuación:

- *Oración-Interioridad*. Sipe subraya que nunca se ha encontrado con un célibe integrado que no tenga muy acentuada esta dimensión. La oración remite a la Fe y, por tanto, a la razón primera de su compromiso; pero también habla de la capacidad de la persona para trascenderse y quedar en segundos planos de interés¹⁹. Aunque no hay atajos posibles, se trata de un asunto de calidad contrastada, más que de cantidad. Es sabido que hay quienes emplean muchas horas en presunta oración sin lograr auto-trascenderse, sino, más bien, todo lo contrario, entrando en complicadas espirales narcisistas y las consecuencias de una autoimagen engrandecida o rigorismos represivos varios.
- *Comunidad*. El célibe cultiva su conciencia de comunidad. Ha encontrado la respuesta a la pregunta «¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?». La comunidad no es una realidad abstracta. Se trata de personas con sus circunstancias y su humanidad, con quienes se experimenta un fuerte vínculo basado en la experien-

18. R. SIPE, «The achievement of celibacy», en *Celibacy in crisis*, Routledge, London 2003, 301-320.

19. En terminología ignaciana, «salir del propio amor, querer e interés».

cia religiosa común. Hay célibes cuya comunidad no son solo otros célibes ni viven junto a ellos.

- *Trabajo*. Encuentran en su actividad un modo de expresar su vocación, pero también sus habilidades y energías. Valoran el tiempo y la productividad, pero más aún la generatividad: dejar algo de uno mismo en lo que se hace. Por eso no es infrecuente que tengan *hobbies* que compensen las deficiencias o insatisfacciones que toda obligación estrictamente laboral puede traer.
- *Actitud de servicio*. Servir supone tener la conciencia de agradecimiento que viene de experimentar que todo lo que somos nos ha sido dado por otros y por el Creador. También supone ejercitar la sensibilidad por las necesidades de otros; es algo que puede ser entrenado; hay que aprender a mirar y vivir allí donde esas necesidades son más obvias.

B) Poner en juego la intimidad

*«Para ver tu rostro, te miras a un espejo.
Para saber quién eres, te miras en el rostro de un amigo»*

EMILIO LEDÓ

La soledad es uno de los temidos fantasmas del ser humano, y muy especialmente de las personas célibes. Como hijos de su cultura, los célibes contemporáneos necesitan, seguramente más que muchos de sus antecesores, cultivar experiencias de intimidad interpersonal, además de la intimidad con Dios. En términos generales, las personas que permanecen célibes, siendo felices, tienen contextos de intimidad interpersonal que satisfacen sus necesidades de apego²⁰.

Cozzens²¹ dice que «disfrutamos de intimidad con otra persona cuando somos capaces de estar ante ella sin nuestras habituales defensas y más-

20. N. DIAMOND – M. MARRONE, «Apego y sexualidad», en M. MARRONE, *La teoría del Apego. Un enfoque actual*, Psimática, Madrid 2009², 323-340.

21. D. COZZENS, *La faz cambiante del sacerdocio*, Sal Terrae, Maliaño (Cantabria) 2003, 53.

caras, vulnerables y, sin embargo, con plena confianza». A nuestro juicio, tendríamos que añadir a esta definición que uno ha de ser también capaz de disfrutar de intimidad con uno mismo, capaz de mirarse sin defensas, en verdad, «como Dios le mira a uno». Esto es ser capaz de acompañarse, tolerarse, criticarse, consolarse; en definitiva, auto-regular los propios estados emocionales mediante una conciencia refleja y una conciencia crítica saludables. Aprender a hacerlo requiere práctica y acompañamiento para evitar distorsiones; saber hacerlo será esencial para poder compartirse en una relación de intimidad, también con Dios.

El anhelo más hondo del ser humano maduro es la sed de intimidad: la necesidad de conocer y ser conocido, apreciar y ser apreciado por otra persona. Por satisfacer esta necesidad, que conduce a la amistad y el amor, se pueden sacrificar muchos otros aspectos física o psíquicamente placenteros. Hirigoyen dice²²: «nuestros pacientes vienen a veces a quejarse de frustración sexual, pero la verdadera problemática sigue siendo el aislamiento afectivo». En ocasiones, este vínculo entre sexualidad e intimidad constituye todo un descubrimiento para algunas personas con altos niveles de actividad sexual emocionalmente desvinculada que terminan por experimentar una desconcertante e inquietante soledad. Desde otro punto de vista, algunas personas célibes insatisfechas en la esfera de la intimidad emprenden la búsqueda de la satisfacción de ese anhelo por la vía del ejercicio de la sexualidad emocionalmente desvinculada. Suele ser un callejón sin salida, fuente de frustración, culpa y enorme desorientación²³.

Estamos, por tanto, ante el reto de favorecer lo más posible la puesta en juego de la propia intimidad como apoyo y sostén de la vida célibe²⁴. A

22. M.F. HIRIGOYEN, *op. cit.*, 166.

23. A este respecto, es ilustrativo el testimonio de un ex religioso: «Uno de los atractivos del sexo es que se trata del símbolo por excelencia de la intimidad, del encuentro interpersonal sin barreras. Aunque en la práctica puede ser frustrante, su simbología continúa siendo muy fuerte. El sexo puede parecer una vía privilegiada hacia una relación profunda, pero puede ser también un camino lleno de barreras e incomunicación. La verdadera intimidad no requiere atracción sexual. La mayoría de nuestras relaciones íntimas, empezando por las que tenemos con nuestra familia de origen, no usan de ella» (P. MCDONOUGH – E. BIANCHI, *Passionate Uncertainty inside the American Jesuits*, University of California Press, Berkeley 2002, 103).

24. Son incontables los autores que trabajan este aspecto; seguramente los más básicos,

este respecto, entendemos que existen *tres terrenos que han de ser cultivados al mismo tiempo*: la relación con Dios, las relaciones interpersonales y el vínculo con la institución de referencia. Por razones de extensión, no podemos entrar en detalle en cada uno de ellos.

La mística y la espiritualidad se han ocupado del primero, la relación íntima con Dios. Más complicado se ha ido haciendo el segundo aspecto, las relaciones íntimas interpersonales. Se ha pasado, de las grandes cautelas con respecto a las «amistades particulares», frustrando *a priori* toda relación que fuera más allá de lo formal «por si acaso...», a una situación en la que resulta difícil pronunciarse sobre este tema. Es cierto que la intimidad compartida puede conducir al enamoramiento, a la generación de *lobbies* de presión, a dificultar la movilidad y la obediencia, a la secularización del religioso/a (si sus relaciones son de otro contexto). Sí, todas estas y otras dificultades pueden planear sobre las «relaciones íntimas». Sin embargo, a nuestro juicio, hay que buscar equilibrios aceptables, porque es peor encontrarse con personas castas pero incapaces de intimidad humana, viviendo a medias y, a la postre, teniendo una «significatividad sacramental» poco menos que nula. Recordemos que el célibe es alguien significativo porque muestra más que nadie lo que nos hace «imagen y semejanza de Dios»: la capacidad de amar.

El tercer punto tiene que ver con la *vivencia de pertenencia*. El individuo ha de experimentar que comparte con su institución los códigos que le expresan (que son el lenguaje, los ritos, las tradiciones..., pero también las opciones institucionales y la visión de futuro). En las relaciones interpersonales es frecuente la experiencia de sentirse formulado en alguna vivencia expresada por otro y decimos que esto produce cercanía emocional, aprecio, afecto, comunión, intimidad. En el contexto de la vida religiosa y sacerdotal es esperable que suceda algo equivalente también con la institución a la que se pertenece. Ese es un difícil reto no solo para cada individuo, sino, muy especialmente, para quienes ocupan el turno de gobierno. La tentación para estos puede ser pedir a sus sujetos que

si se quiere profundizar en el tema, serían: L. SPERRY, *Sexo, sacerdocio e Iglesia*, Sal Terrae, Maliaño (Cantabria) 2004. También las obras citadas de D. COZZENS.

asuman como propio, sin más, lo que ellos estiman que es lo institucionalmente adecuado. Aunque este esfuerzo de comprensión es importante²⁵, el reto para el gobernante reside en concebir la institución como una realidad en cuya naturaleza está el no poder dejar de sentirse impactada por la vivencia personal de cada individuo que la compone. No se puede hacer como si los disidentes no existieran, porque ello genera personas desafectadas y deteriora la institución, fragmentándola en sectores enfrentados. El cuerpo institucional será fuerte en la medida en que cada uno de sus individuos experimente una relación de intimidad con sus modos de proceder corporativos, es decir, en la medida en que cada sujeto sienta que posee con el organismo institucional puntos de comunión y complicidad que le permiten vivir sin defensas, vulnerables, con confianza. Las empresas multinacionales contemporáneas son muy conscientes de que en este punto se juegan la clave de su estabilidad, y los nuevos paradigmas organizacionales buscan esta relación de intimidad como ingrediente esencial de su éxito y permanencia²⁶. En el caso de la Iglesia y los grupos de Vida Religiosa, supone que quien gobierna tiene conciencia de provisionalidad en su cargo y de propiedad compartida, que le hace humilde y confiado en que hay un Espíritu inabarcable que gobierna más allá de los propios criterios y capacidades. Esto nos conduciría a mirar con calma los claroscuros y dinámicas del gobierno y la obediencia. Como es lógico, no lo haremos aquí; baste con esta mención a uno más de los elementos importantes en el equilibrio personal del célibe en el mundo contemporáneo.

25. El ignaciano principio de «siempre tratar de salvar la proposición del prójimo» es un aspecto irrenunciable.

26. K. CAMERON – G. SPREITZER, *The Oxford Handbook of Positive Organizational Scholarship*, Oxford University Press, Oxford 2011.

editorial 
SALTERRAE



ANSELM GRÜN

Vivir sencillamente

296 págs.

P.V.P.: 19,90 €

Vivir sencillamente significa no depender de frivolidades y apariencias y no dejarse disuadir por objetivos extraños. Vivir con libertad y autenticidad y dar con el ritmo que mejor se adapte a uno. Mostrarse abierto a lo que en cada momento solicita nuestra atención, al aquí y ahora de nuestra existencia. Tratar de que mi existencia transcurra en creciente armonía conmigo mismo; mantenerme en contacto con el fundamento de mi propia alma, hasta descubrir en mí la imagen que responde a mi verdadera manera de ser. Quien vive así, con alegría y pasión, puede sentir el flujo de la vida. Y este es, ni más ni menos, el fundamento de la espiritualidad y el secreto del arte de vivir.
